

PARTE PRIMERA:

AZAFRÁN Y TINTA

CAPÍTULO 1

La casa Lópiz

Granada. 1472

Me enteré de que él, mi amo y señor, llegaba a casa porque en la pradera del confín del huerto, más allá de los plantíos aromáticos de los espliegos y romeros, alejadas de la humedad y expuestas al sol, las rosas malvas de los azafranes removieron suavemente sus apretados pétalos, indicando que estaban próximas a su floración.

El aire se hizo tan suave como un beso y las nubes adquirieron un intenso color dorado conferido por los últimos rayos del sol vespertino. Una bandada de golondrinas gises, que relumbraron como si fueran criaturas de acero, revolotearon por los aleros del tejado, ansiosas por emprender su peregrinación al sur cálido de África.

Presentí que él llegaba porque las piedras del camino del barrio de la judería del reino de Granada comenzaron a cantar bajo el peso de las ruedas de su carromato, y el viejo perro que una vez fue su compañero de viajes, ahora ciego, lanzó un ladrido de gozosa advertencia.

Corrí a donde la vieja costurera que sentada junto al aljibe recosía la labor, para advertirle que el amo Isaak estaba volviendo a casa, tras el viaje emprendido hacía tiempo, el más largo de todos, y ella asintió porque también había percibido las señales del advenimiento.

Se levantó de un salto, pese a su edad y corpulencia, y dio un grito de advertencia a la mayordoma Judith que trajinaba por la alacena, a la cocinera y a los peones del establo. Rápidamente la casa se puso en marcha para recibir con alegría y festejo a su dueño.

Me cambié las sobrias ropas de trabajo por una túnica de seda color melocotón, me apresuré a peinar mis cabellos aunque había de ocultarlos bajo un velo de fino algodón blanco y, antes de que el lejano almuecín de la Alhambra comenzara su salmodia, prendí los palos de incienso que exhalaban un denso perfume de azafrán.

Recubrí la entrada de la casa con pétalos de rosas, lilas, claveles, azucenas, nardos, alélies y geranios, florecidos en el estío y que mantenía guardados para la ocasión. Semejaban una alfombra multicolor y balsámica sobre el piso empedrado con piedrecillas blancas del río.

El carromato emprendió la subida por la calleja del barrio judío. Primero vimos las largas orejas extendidas de las dos mulas del color de la plata, luego observamos sus finas cabezas y contemplamos sus rosados hocicos que olfateaban el olor familiar del establo, lo que las hizo apresurarse y contemplamos sus hermosos cuerpos de plata bruñida.

Se perfiló finalmente el carromato, pintado de un azul añil, como el cielo de las mañanas de verano, con su toldo naranja replegado, y sus cacharros de bronce balanceándose en los costados, produciendo una música metálica.

Desfiló el vehículo cuidadosamente junto al vericuetto de tenderetes que exhibían su mercancía de telas de seda de brillantes irisaciones, tapices de lana colorida, especias embriagantes y perfumes florales, profusión de bisutería y cacharros de cobre y vasos de vidrio.

Isaak Lópiz, sentado en el pescante, con las riendas sostenidas blandamente entre sus manos pues aseguraba que sus mulas le obedecían a la orden de sus palabras, saludaba sonriente a sus paisanos, atendiendo a sus requerimientos.

—¿Nos has traído incienso y mirra del Líbano? ¿Seda de Shantung? ¿Olivas de Jerusalén? ¿Sal del mar Muerto?

—No, que no regreso esta vez de los desiertos de Egipto y Palestina, amigos, vengo del norte, de los reinos cristianos— respondía él con una sonrisa afable pero triste.

—¿A qué has ido allí, Isaak? Es tierra de bárbaros insolventes —le replicaban los mercaderes enfundados en sus chilabas pardas, entre risas despectivas y alzándose de hombros con desdén—, aunque mujeres bellas no faltarán.

Isaak meneó la cabeza con pesadumbre y cambiando el tema, les preguntó por su salud y las de sus familias, por los nacimientos y las muertes habidos en sus ausencias, felicitando a unos y dando pésames a otros, y aceptando las quejas de que todo iba de mal en peor por el asunto del cerco cristiano a Granada.

—La guerra no favorece nuestro comercio, Isaak —indicaban los hombres de los largos rizos negros con profunda aflicción.

El carruaje se allegó a la maciza puerta claveteada de nuestra casa y dos mozos agarraron las bridas de las mulas, a las que Isaak palmeó con ternura, las desengancharon y guiaron por el zigzagante pasadizo que desde el patio conducía al establo, mientras él bajaba de un salto del pescante, pese al estorbo de su oscura capa de lana.

Judith corrió a sacársela de los hombros, arrugando el ceño, pues percibió nuevos rotos, añadidos a los múltiples recosidos, sabiendo que esa capa era la única que habría de usar en sus futuros viajes. Que le tenía querencia porque fue de su padre, quien la usó con el mismo propósito: no hacer exhibición de riqueza en sus personas.

Judith, con voz untuosa, como si otorgara la invitación a una recepción al palacio de la Alhambra, afirmó que estaba preparado un sustancioso refrigerio de *hamantashen*, para recuperarle las fuerzas de su largo viaje por reinos extraños.

Él inquirió con su voz fuerte y agradable:

—¿Has cuidado que el huevo no tenga crianza, mujer?

Ella, bajando los ojos con una modestia que todos sabíamos que no encontraba asiento en su corazón, pues era orgullosa y dominante, replicó:

—¿Alguna vez he fallado, amo Isaak?

—Claro que no, pero lo pregunto una y otra vez, por si lo logras olvidar, mujer.

Ella se rio con una risa que tenía el poder de disolver cualquier resquemor y, de pronto, Isaak me miró, como se observa de lejos a una golondrina, aunque inquirió con amable interés:

—¿Estás bien, Dalia?

—Ahora que estáis en casa, sí señor —repliqué con un asomo de franqueza inaudita en mí.

A él no pareció sorprenderle mi respuesta sino que la admitió como algo verdadero, y enseguida se dirigió, alto, delgado y elástico como era, hacia el carro detenido ante la puerta del establo, para proceder a la descarga de sus bártulos, instalados en el techo del carromato y, con sumo cuidado, los fue depositando en el suelo. Uno a uno.

—He vendido cuanto llevé en los reinos cristianos. Enloquecen por la pasta de vidrio, las esencias aromáticas, las sedas, los tapices y las piedras de leer. Una princesa de Francia llamada Magdalena, que se casaba con un príncipe heredero de Navarra, para su ajuar nupcial me compró cuantas sedas y terciopelos tenía en la carreta. Me ha hecho pedidos de otros lotes para mi viaje de primavera.

—¿Ha pagado bien la señora? —requirió Judith con esa desconfianza que exhibía hacia el mundo cristiano, tratando a Isaak con la familiaridad y la cordialidad de la nodriza que una vez fue.

—Es mujer de fiar aunque sea una princesa cristiana —replico él paciente, con algo de tristeza.

Calló y en sus ojos del color de la miel se reflejó un recuerdo doloroso, una pena profunda. Habló al poco rato porque necesitaba hacerlo ya que llevaba mucho tiempo callado en su viaje, reanimado el corazón por nuestra compañía y suelta la lengua por encontrarse en su hogar:

—La princesa Magdalena es una mujer agradable y animosa. Le gusta el blanco puro de la seda, semejante al nácar de su cutis, y el color azul real del terciopelo, tal como el de sus ojos. Le suministré productos que en tierra de cristianos no se encuentran pues desconocen la textura delicada de las sedas, la riqueza de los bordados, el poderío de las

joyas con filigranas ornamentadas con piedras de colores, las esencias aromosas que dilatan la presencia y acentúan los recuerdos, y escasean en sus comidas el sabroso azúcar y la deliciosa granada y el sabor del azafrán...

Judith frunció el ceño con desprecio por semejantes carencias de los bárbaros que habitaban más allá de las fronteras de nuestro reino de Granada, afirmando con voz enérgica:

—Debe ser triste vivir sin esas maravillas.

—A su manera, los señores viven bien en esos fríos castillos de piedra que imitan las edificaciones cesáreas de los cruzados en tierra de Palestina —aclaró Isaak, añadiendo con suavidad—: Los labradores viven en humildes chozas de paja, pero en los días de sus fiestas santas, danzan y bailan al son de flautas, tambores y chirimías. Entonces se olvidan de sus guerras frenéticas y rebajan su celo religioso, hasta se vuelven amistosos. Quiero decir que parecen civilizados —recalcó.

—¿No es molesto el continuo repicar de sus campanas, amo Isaak? —me atreví a preguntar.

Él me miró con asombro, como si hubiera olvidado en su ensoñación que permanecía a su lado. Sonrió con dulzura, pasando su larga mano, suave y fina, sobre el velo que me cubría la cabeza.

—No más que el almuecín de los musulmanes, Dalia. No más. Ni menos —musitó y, volteándose bruscamente, inició el trayecto a la cocina.

Nos costaba seguirle pues sus pasos eran rápidos y seguros. Atravesó el patio, mirando el aljibe, las jaulas de paja con los canarios cantores y a los gatitos que permanecían tranquilos, tomando el último rayo del sol de la tarde. La vieja gata le reconoció, ronroneó y le dejó tocar las crías.

El olor de la cocina era tentador pero se detuvo para mirar hacia la carreta, ordenando que nadie entrara en su interior. Tras dejar sus babuchas en la puerta, entró descalzo en la estancia, con su túnica de algodón pardo ondeando alrededor de su cuerpo y su quipa en la cabeza, sujeta a su cabello espeso.

Era un hombre hermoso y resultaba para mí el más apuesto de entre árabes, cristianos y judíos que pudieran caber en Granada y aún más allá de las fronteras fortificadas del reino nazarí.

Sus cabellos fuertes caían lacios sobre los hombros, alargándole visualmente el rostro. Su frente era amplia y abombada y, bajo ella, relucían aquellos ojos del color de la canela, orlados de pestañas espesas. Su nariz era grande como convenía a su raza, y sus labios finos cerraban una boca de dientes blancos y regulares.

Lo mejor del amo Isaak era su sonrisa: se abría en su boca, llegaba a sus ojos, como una transparencia, cautivando a quien la dirigía. Era un hombre que parecía más guapo de lo que era físicamente por el don extraordinario de su alma delicada como los paños de seda que vendía, deliciosa como las joyas que transportaba, sutil como los perfumes que mercadeaba.

Llevaba demasiado tiempo fuera y Judith le acaparó porque quería noticias frescas de las cosas de los reinos de Francia, Castilla, Aragón y Navarra. De sus usos y costumbres, de sus reyes y príncipes, de sus reinas y princesas, de sus bodas reales. Cómo vestían, vivían y morían.

Isaak, sonriente y paciente, mientras degustaba la comida ritual de sus regresos, le fue confiando:

—Como te suelo repetir tras cada viaje, mi querida Judith, los cristianos se parecen mucho a nosotros. Cada boda es un acontecimiento de alegría y expectación, cada nacimiento un acto de resurrección, cada muerte un dolor de partida. Resultan más frugales que nosotros en la comida y en los hábitos diarios, pero las mujeres no están tan recluidas como las nuestras, Judith, al menos en ciertos lugares.

Para soltarle la lengua y que nos contara más cosas de esos mundos ajenos, Judith trajo un vaso de cristal color ámbar rebosante de cerveza, hecha en casa, cosa que él agradeció con placer. Sorbió lentamente el líquido espumoso y confortado y cómodo por estar al fin en el abrigo de su casa, continuó diciendo:

—Estuve en Mont-de-Marsan en la Aquitania, al norte del Pirineo, porque se celebraba la boda de Magdalena de Francia con Gastón de Foix, príncipe heredero del reino de Navarra. Me quedé un tiempo y vendí cuanta cosas de valor tenía no solo a los contrayentes, sino a sus padres los reyes y a otros cortesanos. Era una boda celebrada con mucho entusiasmo pues la pareja era joven y guapa.

—La boda da resplandor a las personas —aseguró Judith que había acudido a muchas pero que jamás se casó.

—La princesa de Francia estaba contenta porque en principio la tenían destinada a un rey de Hungría, un hombre de rostro triste y menguado aunque su cabellera, dorada y rizada era extraordinaria, según el retrato que le trajeron unos embajadores de cara amarillenta y ojos oblicuos. Ella estaba aterrada de partir a esa tierra remota del este de Europa, alejada de su familia. Mas cuando se festejaban los preparativos del enlace con su príncipe extranjero, éste murió repentinamente. Los embajadores abandonaron la dulce Francia y partieron apresurados en sus carrozas de oro, fustigando sus pequeños y veloces caballos, liquidada la propuesta diplomática. La familia, atribulada por el imprevisto acontecimiento, le buscó rápidamente a Magdalena un príncipe más cercano. Eso me confesó ella, alborozada, dando vueltas sobre sí misma frente a los espejos, probándose las telas de seda y las joyas preciosas.

—Debe ser terrible casarse sin amor —musitó Judith, aunque me pregunté si alguna vez conoció el amor. Siempre la vi entregada al servicio del amo Isaak y a la dirección de la casa. No parecía interesarle nada más, excepto la compañía de las matronas del barrio con las que se sentaba al atardecer, a charlotear.

—Para eso los crían y educan, para establecer alianzas entre los reinos y ver si con tales pactos diplomáticos, detienen las guerras.

—¿Lo logran? —y en la voz de Judith cabía la sorna.

—¡Claro que no! Tienen los mismos conflictos que nosotros, aunque su religión cristiana, como la nuestra, hace énfasis en la paz.

—Que los cristianos permanezcan en paz es importante para nosotros —musitó Judith condescendiente, mientras recogía los platos de vidrio del color de las esmeraldas, pasaba un trapo de fino algodón por la mesa de madera de olivo, y prendía las velas de la Menorá, que exhumaron fragancia de azafrán.

Isaak me miró e inquirió con afabilidad:

—¿Cuándo recogerás el azafrán, Dalia?

—Al amanecer. Los pétalos se han movido a la tarde, a la caricia del sol.

—Hazlo con cuidado porque resulta producto de buena venta. Los cristianos se han aficionado a él para darle sabor al arroz, que también les he vendido, y les parece género extraordinario como acompañante de sus sobrias comidas.

Isaak, al principio, tuvo problemas con el arroz porque los primeros plantíos se levantaron cerca de las viviendas y se contaminaron con el agua sucia de los vertidos. Hubo que alejar el cultivo de las márgenes del Genil, con lo cual resultaba costoso no tan solo su siembra y recolección, sino su transporte.

Para Isaak eso no fue traba. Colocó una plantación cerca de uno de los canales del río, al cuidado de unos agricultores, logrando cosechas abundantes, rellenando las sacas de estameña de múltiples granos, blancos y sanos, transportándolos a lomo de sus mulas, vendiéndolos a altos precios.

De repente, como recordando algo importante, Isaak se levantó y musitó con lacerante tristeza, más para sí mismo que para nosotras:

—Pero no solo de arroz y azafrán se alimentan, no solo visten telas preciosas, ni se entretienen en casar a sus lindas princesas con galanes gentiles. Los cristianos están adquiriendo extraordinarias y temibles armas de guerra que hacen que la pólvora que los chinos usaban para sus fuegos de artificio, se convierta en un elemento terrible de destrucción. Eso

me tiene asustado... Pero venid las dos —comandó, espabilando la tristeza que se asomaba a su rostro y lo oscurecía, añadiendo con un tono jovial de voz: —Vamos al carronato, porque he traído conmigo algo milagroso.

Nos levantamos con harta curiosidad y regresamos al establo en cuyo centro estaba detenido el carronato azul. Subió la pequeña escalera y abrió la puerta. Entró con cuidado, agachando la cabeza y, al poco tiempo, salió con un envoltorio en las manos.

Supe lo que era por el extraordinario cuidado que ponía en la tarea de descender la escalerilla y acercarse a nosotras. Parecía el gesto de una mujer avezada en la tarea, de una madre de muchos hijos, de una abuela experimentada. Extendió el bulto, un revuelto cuidadoso de lana y puntillas blancas, y nos lo mostró con orgullo y tristeza a la vez.

—Mi hijo Daniel —musitó con una voz tan vibrante y hermosa que pareció el sonido de una trompeta de plata en el toque de victoria.